

Tibulo en Bernardo de Balbuena

Elena HERREROS TABERNEO

RESUMEN

Se estudia la presencia de la elegía I, 1 de Tibulo en la *Grandeza Mexicana* de Bernardo de Balbuena comparando las similitudes formales de ambos textos y sus diferentes contextos.

SUMMARY

It is studied the presence of Tibullus' first elegy in the *Grandeza Mexicana* by Bernardo de Balbuena by comparing the formal similarities of both texts and their different contexts.

El anhelo de un tiempo y un espacio mejor no es exclusivo de los poetas, es un deseo que se hace presente en todo ser humano en algún momento de su vida. Sin embargo ha habido poetas que han expresado este deseo de una manera tan universal, que han adquirido con razón o sin ella, un halo de ensoñación que los conduce a la pervivencia; tal es el caso del famoso pasaje del *beatus ille...* de Horacio (*Ep.* I, 1), o el del libro II de las *Geórgicas* de Virgilio: *fortunatos si...* (vv. 458 ss.). Expresan los dos una añoranza de un mundo anterior más dichoso y genuino, proyectándolo hacia el futuro. La elegía que abre el primer libro de Tibulo es también uno de esos textos que formulan el anhelo de una vida feliz, en otro escenario distinto al presente. Pero así como Horacio y Virgilio han alcanzado una larga descendencia en las letras españolas, la presencia de Tibulo en las mismas nos es casi desconocida. Es este un tema hasta hace poco ignorado, puesto que ni G. Highet¹, ni M.^a Rosa Lida² lo tratan; Menéndez Pelayo dedica un pequeño espacio a este respecto

¹ G. Highet, *La tradición clásica. Influencias griegas y romanas en la literatura occidental*, México 1978 (1949).

² M.^a Rosa Lida de Malkiel, *La tradición clásica en España*, Barcelona 1975.

en su *Bibliografía Hispano-Latina Clásica*, dando noticia de algunas traducciones e imitaciones. Más reciente es el estudio de F. Moya del Baño ³, en el que además de estudiar las imitaciones literarias, intenta analizar la recepción de Tibulo en España: censuras, reacciones, el por qué de su escasa presencia...Aún así, dentro de la ignorancia que de Tibulo se tuvo en España, autores como: Diego Hurtado de Mendoza, Boscán, Garcilaso, Herrera, Juan de la Cueva, Fray Luis de León, y más tarde Villegas, Moratín, Pérez del Camino, Cadalso, Luzán, Poncel, Lista y Juan Arolas, al que J. L. Arcaz ha estudiado como receptor de Tibulo ⁴, lo conocen y lo imitan ⁵.

Y entre ellos podemos incluir a Bernardo de Balbuena, el cual, en el capítulo IV de su *Grandeza Mexicana* inicia un pasaje con el siguiente verso: «Allá goze su plata el avariento...» que inevitablemente recuerda el primer verso de la famosa elegía programática del elegiaco romano. Es la *Grandeza Mexicana* una larga cadena de tercetos endecasílabos dividida en nueve cantos, publicada en 1604 en la ciudad de México. Bernardo de Balbuena, obispo de Jamaica, aunque español de nacimiento, celebra la gloria de México en este hermoso poema barroco, lleno de resonancias clásicas que «nos describe más bien las plantas de Virgilio o de Plinio que las que fueron reveladas al Viejo Mundo por Oviedo y Francisco Hernández» ⁶. No son Plinio y Virgilio las únicas autoridades clásicas que se pasean por la *Grandeza de México*, Tibulo dejó también su huella:

«Allá goze su plata el avariento
Si el cielo se la dio, a poder de ayunos,
Y ponga en adorarla su contento,» ⁷

es la posible adaptación de los dos primeros versos de la elegía I, 1:

*Diuitias alius fuluo sibi congerat auro
et teneat culti iugera multa soli,*

e igualmente ambos autores rechazan no sólo las riquezas, sino también los cuidados y preocupaciones que ellas conllevan, así como la desconfianza que engendra hacia los demás:

³ F. Moya del Baño, Presencia de Tibulo. *Discurso leído en la solemne apertura del curso académico 1982-1983*, Murcia 1982; y M. Menéndez Pelayo, *Bibliografía Hispano-Latina Clásica*, VIII, Madrid 1945.

⁴ J. L. Arcaz Pozo, «Ecos clásicos en la poesía amorosa de Juan Arolas», *CFC-ELut.* 4 (1993) 267-299.

⁵ Moya del Baño, *op. cit.*, da noticia de la presencia de Tibulo mediante citas en obras históricas, de crítica literaria y comentarios, mencionando los siguientes autores: Herrera, el Brocense, Luis de la Cerda, Francisco Fernández de Córdova, Saavedra Fajardo, Bernardo de Balbuena, Cascales, Bartolomé de las Casas y Andrés Bello.

⁶ Menéndez Pelayo, *Historia de la poesía hispanoamericana*, Madrid 1911, p. 58.

⁷ La edición de la *Grandeza de México* utilizada es la de H. van Horne, Illinois 1931.

*Quem, labor adsiduus uicino terreat hoste,
martia qui somnos classica pulsa fugent*

el *labor adsiduus* consiste para Balbuena en los cuidados inoportunos de una abundancia material que no es para él apreciable, y ese *uicino hoste* se traduce en una desconfianza hacia todos:

«Ahoguese en cuydados inoportunos
Con que a todos a risa nos provoque
Sin fiar ni fiarse de ningunos.»

Así, por medio de la negación, los dos poetas van definiendo su mundo ideal, mas si Tibulo aparta de sus preferencias los marciales sonos de la vida militar, Bernardo de Balbuena, heredero de un siglo entero de expediciones y conquistas, no puede ni quiere renegar del origen del mundo en que vive: las Indias Occidentales. Si Tibulo se decide por una vida inerte con su Delia, dejando los mares y tierras a Mesala (vv. 53-54), el obispo de Jamaica, nacido en La Mancha, proclamará la desgracia de encadenarse a un mismo paisaje, pues los que mueren «en las tierras do nacieron / Navegan de desdicha en un mar profundo».

No todo queda en esta serie de rechazos ⁸, la priamel quedaría incompleta sin la presencia del «yo» de la opción que se asume, rotunda en Tibulo (vv. 5-7):

*me mea paupertas uita traducat inerti,
dum meus adsiduo luceat igne focus.
ipse seram teneras maturo tempore uites...*

la primera persona está claramente marcada por *me, mea e ipse*; rotunda por igual irrumpe esa primera persona en la *Grandeza Mexicana*:

«Que yo en México estoy a *mi* contento
Adonde si ay salud en cuerpo y alma,
Ninguna cosa falta al pensamiento.»

Los siguientes versos van a dedicarse a construir cada uno su mundo deseado, Tibulo, la vida en brazos de Delia, en un ambiente agreste idílico, en un tiempo anterior, más allá de la realidad ⁹. Para Balbuena, México, donde no es, al igual que en Tibulo, lo primordial la riqueza, sino las bellezas que el

⁸ Para un estudio más detallado de la elegía I, 1 de Tibulo cf. C. Codoñer, «Motivos literarios en Tibulo», *Simposio Tibuliano*, Murcia 1985, 143-147, y G. Luck, *The Latin love elegy*, Londres 1969.

⁹ G. Luck, *op. cit.*, p. 77.

suelo ofrece, la multiplicidad y variedad de artes y oficios de la ciudad, las ciencias y la poesía, la eterna primavera. No deja de construir Balbuena una utopía parecida en cierto modo a la de Tibulo¹⁰.

Aún formulando los dos autores unas ideas muy generales, un anhelo casi universal, son los paralelismos formales de su expresión, adoptando el mismo cauce formal, la priamel, los que nos llaman la atención, y nos hacen sospechar una posible influencia de Tibulo en el poeta español. El cual, además, ya había citado explícitamente a Tibulo en la introducción en prosa al poema: la carta al Arcediano don Antonio Avila de la Cadena; en ella el autor pretende lucir todos sus conocimientos para, así, ganar el apoyo de un patrón poderoso. Numerosas son las citas de autores clásicos, eclesiásticos, e incluso contemporáneos, y entre ellas, dos referencias a Tibulo. Se trata de dos traducciones, la una de los versos 81-2 de la elegía II, 5, aunque él los atribuye a la II, 6, aducida como testimonio de que el laurel es «grande embeleco de adivinos»:

«Et sucensa sacris crepitet bene laurea flamis,
 Omine quo felix et sacer annus eat.
 Y el laurel encendido
 Haga en las sacras llamas gran ruydo
 En cuyo buen aguero
 Salga dichoso el año venidero.»

La segunda traducción, que ejemplifica «las bárbaras veneraciones» de Egipto, es de la elegía I, 7, 27-8:

«Te canit, atque suum proles miratur Osirin
 Barbara, Memphiten plangere docta bouem.
 A ti te canto, o Nilo y de su Osiris
 Se admira el pueblo barbaro indiscreto,
 Sabio solo en llorar el buey de Memphis.»

Tales citas, aunque pudieran no ser fruto de un conocimiento directo, sino valiéndose de libros compilados para este fin, no dejan de demostrar la erudición y el interés que Balbuena tenía sobre las letras antiguas, en concreto, sobre Tibulo.

¹⁰ Cf. J. Lafaye, «La utopía criolla de la primavera indiana», *Quetzalcoatl y Guadalupe*, México 1977, 99-109.

Balbuena, barroco en la expresión, renacentista en su concepción, marca el comienzo de la literatura americana ¹¹ contribuyendo de manera importante a la introducción en el Nuevo Mundo de las autoridades clásicas. A pesar de su renuencia a ello, Tibulo no tuvo más remedio que internarse *terra marique* hasta el otro lado del océano.

¹¹ Claras son en este sentido las palabras de Menéndez Pelayo, *Historia de la poesía hispanoamericana*, Madrid 1911, pp. 57-8: «Si de algún libro hubiéramos de datar el nacimiento de la poesía americana propiamente dicha, en éste (Balbuena) nos fijáramos más bien que en el *Arauco domado* de Pedro de Oña, aunque éste era chileno y Balbuena español.» Igual es la opinión, más reciente, de Octavio Paz, *Las peras del olmo*, México 1965, pp. 11-12, y la de Francisco Monterde, *Bernardo de Balbuena*, México 1941.